

La fiesta

TESSA HADLEY

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

narrativa **sexto** piso



La fiesta

La fiesta
TESSA HADLEY
TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Party

Copyright © TESSA HADLEY, 2024

Primera edición: 2025

Traducción
© MAGDALENA PALMER

Imagen de portada
Sofa People
© ALEX KANEVSKY

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2025
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-10249-64-6
Depósito legal: M-18127-2025

Impreso en España

Para Gilly
y para las alegres grullas Tom, Tim y Jenny

1. LA FIESTA DE VINCENT

La fiesta estaba animadísima. Evelyn oyó el sensual resonar del jazz tradicional casi en cuanto se apeó del autobús en St. Mary Redcliffe y echó a andar hacia el Steam Packet, el pub que Vincent —amigo de Moira, la hermana mayor de Evelyn— había requisado esa noche. Vincent había decidido que todos necesitaban una fiesta para animarse porque el invierno había sido muy frío y porque ahora, en febrero, la incesante lluvia había convertido la nieve en agua sucia. Volvía a llover esta noche; el limpiaparabrisas del autobús no había abandonado su monótono batir durante todo el camino hasta el centro, las aceras estaban mojadas, el agua corría por las alcantarillas. Montículos informes de hielo y nieve persistían en las esquinas de las calles, en los huecos entre los edificios y también se asomaban, siniestros, por los boquetes de las bombas. Al cruzar la calle, Evelyn tuvo que abrir su paraguas; en realidad, el raído paraguas verde de su madre, con una varilla rota y el mango con forma de cabeza de pato, que al salir le había cogido sin preguntar porque había perdido el suyo a saber dónde. Probablemente eso le daría problemas al día siguiente, pero no le importaba, rebosante como estaba de felicidad inquieta. Podía pasar cualquier cosa de aquí a mañana. Evelyn no se podía creer su suerte: ¡iba a una fiesta de verdad! Y no era una fiesta cualquiera, sino una fiesta alocada con los amigos de su hermana en un pub ruinoso de

terrible reputación, encaramado sobre las aguas negras del puerto. Si sus padres hubieran sabido dónde se celebraba la fiesta no la habrían dejado salir, pero ella les había mentado con desparpajo, alegando que Moira había prometido cuidar de ella y que habían quedado en el Victoria Rooms. Estaba orgullosa de sí misma. ¿Quién habría dicho que se podía ser catequista y pedir a los niños que dibujaran a Jesús sosteniendo un farol con un brazo y a una oveja descarriada bajo el otro, y luego mentir a tus padres con una dulzura inocente perfectamente calibrada?

La lluvia no importaba, Evelyn era impermeable. Mientras se abría paso entre las corrientes que serpenteaban por las calles, cuidándose de no estropear sus modernas y nada apropiadas bailarinas negras, disfrutó del contraste entre el desolado universo exterior y la llama de vitalidad que la calentaba por dentro. Cuando tuvo que cambiar de autobús en el centro, entró en una cabina de los aseos públicos para quitarse las botas de agua y el decente vestido de lana que cubría su ropa de fiesta para que sus padres no vieran lo que llevaba: pantalones negros ajustados con cremallera a lo largo de las pantorrillas, jersey negro de cuello alto y cinturón ancho de cuero rojo con hebilla negra. Evelyn era muy delgada, de cuello largo —cuello de cisne, pensaba ella—, vientre plano y cadera prominente. Esperaba lucir espectacular, con el pelo recogido como el de una bailarina y los pechos erguidos gracias a su sujetador nuevo. Anhelaba y temía el momento de despojarse de su grueso abrigo de invierno y mostrarse. A decir verdad, lo temía todo. Parte de ella quería volver a subir al 28 e irse a casa. Mirando su reflejo en el cuadrado de hojalata que servía de espejo en el aseo de señoras, se había puesto en las orejas unas enormes perlas falsas —que

también eran de su madre— y se había pintado los labios con carmín rojo. Las botas y el vestido estaban en una bolsa de la compra que tendría que dejar en algún sitio, junto con el abrigo y el paraguas, para recogerlos más tarde.

La silueta ancha y austera del Steam Packet, de tres pisos, contrastaba con los boquetes que los bombardeos habían dejado en la línea del horizonte: en la fachada, las hileras de ventanas de la planta superior estaban oscuras o tapiadas, pero una luz amarillenta brillaba tentadora en la planta baja. Un clamor de voces atrajo a Evelyn hacia allí, mientras su cuerpo ya empezaba a moverse al ritmo de la música. En lo que a ella concernía, este viejo pub de Brístol podría haber estado en los muelles de Nueva Orleans, un lugar sobre el que tenía ideas indefinidas pero potentes. Moira no había prometido que cuidaría de ella. En realidad, Evelyn ni siquiera sabía si su hermana acudiría a la fiesta y probablemente no la querría allí, pero en cualquier caso estaba desesperada por formar parte del grupo de Moira. Habían nacido con dos años de diferencia: Moira solía quejarse de que su hermana menor siempre andaba detrás de sus amigos, como también se quejaba cuando eran niñas. Evelyn los seguía igualmente cada vez que las echaban de casa con la idea de que se las apañaran durante el día; Moira llevaba a su hermano pequeño en el cochecito mientras se entregaba a cumplir misiones con su pandilla: enrollar hojas en papel de arroz para fumárselas, subirse al tejado del invernadero del parque o espiar a su vecino, que había enloquecido y se paseaba desnudo por el jardín.

Era Vincent quien la había invitado a la fiesta la semana anterior, cuando se lo encontró en Queens Road de camino a una conferencia y él le dijo que había convencido

al dueño del Packet para que le dejara el local una noche. Vincent conocía a todo el mundo: no solo a artistas —él estudiaba una carrera artística igual que Moira—, sino también a taxistas, corredores de apuestas, propietarios de *fish and chips*, encargados de pubs y veteranos amputados de la Gran Guerra. Hablaba con estos personajes durante horas, escuchaba sus historias y los plasmaba en inteligentes carboncillos en su cuaderno. Cortejaba a una anciana desdentada que tenía una tienda de ropa de segunda mano donde las prendas se amontonaban en un mantillo oscuro y putrefacto en el escaparate; se podían ver las polillas y las pulgas saltando entre las capas de ropa, decía Moira. La anciana le guardaba a Vincent prendas concretas y él llegaba a clase vestido con una chaqueta de cuero o una capa de noche forrada de satén rojo; en tales casos Moira se negaba a sentarse a su lado, por las pulgas y porque la ropa vieja apestaba a naftalina. Vincent era alto, de ojos marrones húmedos e intensos, voz atronadora y frondosa melena de rizos castaños. Llevaba un sombrero de suave fieltro negro y ala ancha, como Augustus John, y tocaba en una banda.

—Vincent es muy guapo —le había dicho Evelyn a Moira para tantearla, cuando esta cortaba una falda prendida con alfileres a un patrón de papel sobre la mesa del comedor, con confiados tijeretazos que separaban limpiamente la tela a su paso. Estudiaba Moda en la universidad y sabía confeccionar ropa a medida como una profesional.

—Ajá.

—¿Qué quieres decir con ajá?

—Calla, Evelyn, deja que me concentre. No sé, que tiene todos los ingredientes, pero no es atractivo. Bueno, a mí no me lo parece.

Los criterios de Moira eran sutiles y absolutos.

Evelyn bajó la voz para que su madre no pudiera oírla desde la cocina.

—¿Es homosexual?

—Dios, no. No seas idiota.

—Bueno, es que no lo sé. Nunca he conocido a nadie que lo fuera.

—Has conocido a montones, solo que no te has enterado. La mitad de las solteronas horribles que enseñaban en nuestra escuela, por ejemplo. Pero no Vince. Vince siempre intenta conquistar a todo el mundo. Probablemente lo intente contigo. Será mejor que tengas cuidado. A menos que te parezca atractivo, claro.

—No, creo que no me lo parece —dijo Evelyn. ¿Cómo iba ella a encontrarlo atractivo, después de que Moira dijera que no lo era?—. Sé a qué te refieres. Es un poco peluche.

Moira no pudo evitar reírse.

—¿Peluche?

—Sí, como tu viejo peluche favorito que te llevas a todas partes. Como un osito con ojos de cristal.

—Pues te aseguro que no es mi juguete favorito.

—Ni el mío tampoco —dijo Evelyn, pensativa.

El pub del Steam Packet ya estaba lleno; la banda, apretujada en un rincón, tocaba a todo volumen, y los invitados tenían que gritar para hacerse oír en aquel estruendo. El local estaba tenuemente iluminado por bombillas desnudas que colgaban como guirnaldas de unos cables enganchados a las vigas; Vincent explicó orgulloso que el pub no estaba conectado a la red eléctrica desde la guerra y que

se estaban aprovechando del suministro de otra persona. Unas pocas parejas ya bailaban en un espacio angosto donde habían arrinconado las mesas. Había serrín en el suelo de piedra; los toscos bancos, las mesas y los taburetes de tres patas estaban llenos de cicatrices y muescas, y las paredes de yeso —teñidas de un oscuro color caoba por el humo del tabaco— estaban cubiertas de anuncios de marcas de cerveza, ron y tabaco de pipa que no existían desde hacía décadas, junto a cuadros y fotografías de naves y maquetas de barcos en polvorientas botellas de cristal colocadas sobre mares turbulentos pero inmóviles. Un leño humeaba débilmente, convertido ya en ceniza, en una sucia chimenea abierta en el fondo del local. A esas alturas, los jóvenes ya generaban su propio calor.

Vincent oficiaba detrás de la barra, donde unas cuantas botellas pegajosas se reflejaban en un espejo ornamentado. Escanciaba sidra de un balde de hojalata mientras el dueño del pub —enjuto y diminuto como un jinete, con ojos azules transparentes como trozos de hielo y la cara arrugada en pliegues como una castaña—, sentado en un taburete, supervisaba el proceso con escepticismo. Al parecer, no le gustaba la sidra y prefería la ginebra pura —Hollands, la llamaba—; según Vincent, el tabernero estaba encurtido en ella. Algunos de los hombres de aspecto rudo que estaban de pie en la barra debían de ser su clientela habitual: era un pub de estibadores, había dicho Vincent, donde las prostitutas acudían en busca de clientes. Evelyn nunca había visto prostitutas, pero había leído sobre ellas en las novelas. Entre los estudiantes de arte era muy importante traspasar las fronteras impuestas por las clases sociales que sus padres tanto se empeñaban en vigilar: sus madres ponían blondas en la bandeja de la tarta

como si la respetabilidad dependiera de eso, se oponían a que hubiera botellas de leche o ketchup en la mesa y planchaban los pañuelos, los calcetines y los trapos. Muchos de los estudiantes tampoco estaban tan alejados de la clase trabajadora; el padre de Vincent era fontanero en Ashley Down. El abuelo materno de Moira y Evelyn había trabajado en las minas de carbón, y sin embargo su padre pretendía entrar en la masonería. Después de la guerra había conseguido un trabajo en la Autoridad Portuaria de Bristol y se habían trasladado a Avonmouth desde el noreste de Inglaterra, dejando atrás su historia y a toda una tribu de tías, tíos y primos maternos.

—Ah, eres tú —comentó Moira sin entusiasmo después de que Evelyn guardara su abrigo y la bolsa con las botas, el vestido y el paraguas debajo de una mesa en un rincón que hacía las veces de guardarropa improvisado. Moira examinó el atuendo de su hermana con una mirada escrutadora—. Te queda bien —dijo a regañadientes, pero con sinceridad.

Sin embargo, Evelyn se preguntó si su ropa negra estilo afrancesado no habría sido una elección equivocada para el Packet. Moira llevaba una falda a rayas y una blusa color crema; alguien le había dicho en una ocasión que el objetivo era que las demás mujeres de la sala parecieran demasiado arregladas. Y ahí estaba la diferencia entre las dos hermanas, pensó Evelyn. Ella optaría por algo llamativo y estrafalario que podía funcionar o no, mientras que Moira nunca sería tan tonta como para correr ese riesgo. Evelyn se movía entre dos extremos: o se pasaba horas arreglándose extravagantemente, o se quedaba en casa con su vieja falda zarrapastrosa, una rebeca y zapatillas. Su yo desaliñado era su yo lector. Para sumergirse

adecuadamente en un libro tenía que llevar ropa arrugada y cómoda, no importarle su aspecto y arrellanarse en un sillón descalza y con las piernas recogidas. Cuando leía de verdad, se olvidaba de quién era. Sin embargo, cuando iba a clase —estaba en su primer año de Filología Francesa en la universidad— se arreglaba ansiosamente frente al espejo para tener más aspecto de estudiante e intelectual: boina ladeada, pañuelo de seda ceñido desenfadadamente al cuello. *Insouciant*e, murmuraba con acento francés mirándose con adoración, para después rematar su atuendo con un par de libros bajo el brazo.

Las dos hermanas tampoco eran tan distintas físicamente. Había un sello familiar en ambas, y también en su hermano menor: eran todos de facciones fuertes, labios carnosos, cejas oscuras y nariz larga y lúgubre, que las chicas odiaban, aunque en realidad hacía sus rostros más interesantes. La nariz les venía de su padre, que era apuesto y severo: quedaba bien en un hombre, un héroe de guerra, teniente primero de un portaaviones que había escoltado convoyes mercantes en el Atlántico. Las dos hermanas eran guapas, aunque Moira insistía en que ella no lo era y solamente sabía sacarse partido.

—Me parezco más a él —le decía Moira—. Tú eres la afortunada.

Su madre era castaña, de rasgos irlandeses suaves y atractivos, aunque se había descuidado y ajado porque era infeliz en el sur y en su matrimonio. Moira siempre la regañaba por encorvarse o por comer demasiado almidón, aunque también criticaba sus propios defectos, que observaba de forma calculadora y resignada.

—Odio estos bultos de grasa que tengo debajo de los brazos. Los he heredado de mamá.

Sin embargo, siempre que las hermanas salían juntas, los hombres se sentían atraídos por Moira, por su seguridad y su sofisticado encanto. A su lado, Evelyn se sentía infantil y desmañada, por mucho que intentara evitarlo. «No deberías hablar tanto —le aconsejaba Moira, en vano—. No les hables directamente a la cara».

—¿Qué bultos de grasa? —preguntaba Evelyn, levantando los brazos y volviéndose en busca de bultos.

—Estos. Tú ni siquiera los tienes, son horribles. Si fuese rica, me los quitaría. Y me acortaría la nariz. Las estrellas de cine lo hacen.

En la fiesta de Vincent, sin embargo, Moira tenía esa sonrisa soñadora y esa mirada segura que usaba en público. Parecía que su atención apenas rozaba suavemente el presente que la rodeaba. Además, había conseguido una mesa en la mejor ubicación, no tan cerca de la banda como para dificultar la conversación, pero con buenas vistas. Estaba sentada con Josephine LaPalma y dos hombres que Evelyn no había visto nunca. Josephine trabajaba como modelo en la escuela de arte y era uno de los personajes de Vincent, glamurosa y peligrosa, con un marcado acento de Bristol; suponía todo un triunfo por parte de Vincent haberla convencido para que asistiera. Al parecer, Josephine tenía sangre gitana y el pelo negro le llegaba hasta la cintura cuando se lo soltaba; aquella noche lo llevaba recogido en una gruesa trenza alrededor de la cabeza. Todo en Josephine encajaba con la idea romántica que tenían los estudiantes de una vida bohemia. Hasta tenía una aventura con un hombre casado, uno de los profesores del colegio y pintor de talento.

Los dos hombres miraron atentamente a Evelyn cuando se incorporó a la mesa y se levantaron para que los presentaran, como si estuvieran en un sitio más formal; el mayor se inclinó sobre la mano que ella le tendía para besarla. Se afanaron en conseguirle una silla hasta que Evelyn dijo que podía apretujarse en el banco con Moira. «Cielos, hacinadas», gritaron. Se llamaban Paul y algo que ella no entendió, como Sandy o Simon. La ropa de los hombres, sus voces y su conducta no acababan de encajar en la fiesta de Vincent: demasiado convencionales, y con algo artificial y despectivo apenas oculto bajo su superficie azucarada. Hasta la misma Evelyn podía ver que llevaban ropa cara, de tela buena, y el que le había besado la mano olía a una fragancia delicada. Se comportaban con esa mezcla de seguridad y torpeza que caracteriza a ciertos tipos privilegiados y elegantes. Entre la multitud que se agolpaba a su alrededor, las mujeres vestían faldas campesinas y camisetas de rayas marineras; ninguno de los hombres, aparte de esos dos, llevaba corbata. Sin embargo, Evelyn no pudo evitar echar miradas furtivas a Paul, que era el hombre más joven de su mesa, no hablaba tanto como su amigo y parecía estar ya bastante borracho. Se movía y conversaba de forma lenta y almibarada, y sonreía para sí, en comunión consigo mismo. El cabello color melaza peinado con brillantina que le caía sobre la frente, los ojos parpadeantes y la barbilla con hoyuelos le daban un aspecto somnoliento y aniñado. Sus rasgos perfectos eran como los del ángel de un cuadro: el labio superior muy grueso, la curva de la mejilla como un melocotón. «Quizá sea un ángel caído», pensó Evelyn, recordando algunas de las poesías que conocía.

Paul insistió en invitarla a una copa: ella dijo que tomaría ginebra con naranja. En realidad, todavía no había conseguido que le gustara el sabor del alcohol, solo le interesaban sus efectos. El hombre algo mayor pensó que era muy sabia.

—La sidra es imbebible. Creemos que hay animalillos que se han ahogado en ella.

—Los animan a que se ahoguen en ella. Todo contribuye al sabor —les aseguró Moira solemnemente.

Josephine y ella se bebían la sidra mezclada con grosella negra para hacerla más agradable al paladar; era algo habitual entre los estudiantes.

—Dime, Evelyn, ¿tú también estudias arte? —preguntó el hombre mayor.

Ella les dijo que no, que estudiaba Filología Francesa.

—¿Francés? *La Belle Dame Sans Merci!* Dios, qué chicas tan inteligentes sois. Estoy absolutamente aterrorizado.

Josephine lo tranquilizó lánguidamente.

—No tienes de qué preocuparte. Yo soy una idiota rematada.

—No pareces idiota —dijo él—. Seguro que sabes de qué lado sopla el viento.

—No es idiota —dijo Evelyn—. Todos los artistas quieren pintarla.

—No lo dudo. Supongo que te pagan por hacer de modelo, ¿no?

—Nadie trabaja gratis.

—¿Con o sin ropa?

No miró a Josephine mientras lo preguntaba, sino que le sonrió a Paul.

Josephine mostró una indiferencia absoluta.

—Sin, por lo general.

—No dejaría que ninguna hija mía ganara dinero de esa forma.

Ella se rio de él.

—Puede que tu hija fuese demasiado fea. A lo mejor nadie querría pintarla.

Este hombre algo mayor tenía el pelo pálido y mullico, y gelatinosos rasgos de sapo; sus manos bien cuidadas —que recogían vasos o acercaban el mechero a sus cigarrillos, con un anillo de oro grabado en un dedo rechoncho— le recordaron a Evelyn ese truco de prestidigitación en que se mueven tan rápido unos botes de colores que nadie logra adivinar dónde está escondida la judía. Evelyn también notó que, aunque disimulaba prestándoles atención a las hermanas, quien realmente le fascinaba era Josephine. Le hablaba de otro modo, burlón y presuntuoso, pero también con miedo.

—Vincent está colado por Josephine —insistió Evelyn—. La ha pintado y dibujado mil veces, pero ella no está interesada en él. Muchas veces los grandes artistas se casan con sus modelos.

Josephine protestó con serenidad, haciendo anillas de humo.

—No exageres. Vince le dice esas cosas a todo el mundo.

El hombre dijo que no conocían a nadie en la fiesta, ni tampoco a Vincent; se habían cruzado con él en la calle y los había convencido para que entraran.

—Así que tenéis que apiadaros de nosotros y cuidar-nos —dijo con un tono entre coqueto y burlón. Evelyn concluyó que a esos dos hombres no les importaba el arte ni la literatura, y deseó que Vincent no los hubiese invitado; sin embargo, Moira parecía enérgica y animada, como si disfrutara cuestionándolos. Aunque hablaba sobre todo

con el mayor, su atención, claro está, se centraba en el guapo Paul, que con la barbilla en el puño miraba fijamente su bebida. El hombre de más edad se llamaba Sindén, que en realidad era su apellido. Les contó que no le gustaba su nombre de pila y pese a los ruegos no quiso decírselo.

—Me parece increíble lo que les interesa a las mujeres —se quejó—. A un hombre no le importaría lo más mínimo mi nombre en cuanto le dijera que nunca lo uso. ¿Qué importa algo que mi madre eligió en una época en que yo no tenía voz ni voto? No confiaría en ella ni para ponerle nombre a mi perro.

Moirá apeló a Paul.

—Vamos, ¿cómo se llama?

—No lo sé, a quién le importa —rió Paul—. Es Sindén a secas.

—Pero imagina que no hubiera mujeres en el mundo —dijo Evelyn.

Sindén fingió que le angustiaba la idea, le cogió la mano y se la apretó contra la pechera de su camisa blanca para que ella notara los latidos acelerados de su corazón; la tela de la camisa, húmeda por el calor corporal, resbalaba en el chaleco. Él gimió provocativamente.

—¡Nada de mujeres! ¡Ay, por Dios! ¿Qué haríamos sin ellas? Te diré un secretito, Evelyn: no es por vuestra curiosidad que os adoramos. ¿Qué es lo que hace que aguantemos todas vuestras tonterías?

—No, imagínatelo en serio —insistió Evelyn, intentando mantener una conversación como Dios manda—. Nadie descubriría nada si no hubiese mujeres haciendo preguntas. Nadie sabría nada que no fuese superficial. Todos los secretos se pudrirían, desapercibidos; solo serían un

armazón vacío, como esas cosas de alambre sobre las que se coloca el yeso. Un bastidor.

—A mí me encantan los cotilleos —dijo Josephine—. Hacen que el mundo siga girando.

Sinden le guiñó el ojo.

—No son los cotilleos los que mantienen el mundo en marcha.

—¿Crees que es el dinero, entonces? ¿O el sexo?

—Esa es una pregunta para ti, Sinden —dijo Paul, levantando la cabeza de su copa—. ¿Dinero o sexo, viejo amigo?

—Depende de la hora del día —dijo Sinden—. Depende de cuántas copas me haya tomado.

—Primero necesitas el dinero —dijo Paul—. Para pagarte las copas que te harán pensar que no te importa el dinero.

Sinden los atrajo con un gesto confidencial y habló con un ronco susurro. Evelyn apartó las rodillas de las suyas por debajo de la mesa.

—Aquí mi amigo tiene mucho. A Paul el dinero le sale de las orejas, no ha tenido que trabajar un solo día de su vida. Tendríais que ver el cochazo que hemos aparcado en la esquina. Digamos que antaño su familia se dedicaba al negocio del tabaco y, cuando lo vendieron, invirtieron sabiamente los beneficios.

Al escuchar esta descripción de su riqueza, Paul pareció tímido y satisfecho, casi falsamente modesto. Sinden les contó que Paul le había mostrado los destrozos de la guerra en una visita guiada: él nunca había estado en Bristol.

—Soy amigo de su hermano mayor, Tommy; fuimos juntos al colegio. Pero hemos dejado a Tommy en casa,

dice que no se encuentra bien. ¡No sabe lo que se pierde! ¡No teníamos ni idea de que os conoceríamos! Tommy dice que tiene la gripe, pero creemos que está exagerando y que no es más que un resfriado común, ¿verdad, Paul?

—Un hipocondríaco espantoso, mi hermano.

—Paul me ha enseñado la ciudad y estoy convencido de que aquí hay oportunidades. Para el tipo adecuado de personas. Un nuevo comienzo para la ciudad. Construir para el futuro.

—¿Entonces sabes de construcción? —preguntó Moira—. ¿Es eso lo que haces?

—No soy constructor —dijo el hombre, riendo—. ¿Acaso tengo pinta de constructor? Pero tengo buenos contactos, el tipo adecuado de hombres que tienen el tipo adecuado de amigos. Lo importante son los contactos.

—A mí me suena a especulación —dijo Josephine—. Odio la especulación.

—¿Y qué hay de malo en obtener buenos beneficios de algo que todo el mundo quiere? Así ganamos todos.

—Deberían eliminar al intermediario. Entonces todo en esta ciudad sería mucho más barato. Construir por el pueblo, para el pueblo.

—¡Es una roja! —exclamó Sinden encantado, mirándola con ojos como platos.

—¿Y qué, si lo soy?

—¡Nunca había visto a una roja vivita y coleando! He visto a algunos muertos...

—Pues mira bien —dijo Josephine—. Mirar es gratis.

Se acomodó como si estuviera posando, con la cabeza vuelta para mostrar su impresionante perfil, fuerte y magnífico como el mascarón de un barco. Sinden no se

podía creer, dijo mirándola fijamente, que tres chicas tan encantadoras no estuvieran ya prometidas. ¿Cómo podía ser que ninguna llevara anillo de compromiso? ¿No había hombres con sangre en las venas por aquí?

—Moirá está prometida —soltó Evelyn, como si defendiera su honor o al menos el de Moira—. Más o menos prometida. Su novio se ha ido de policía a Malasia.

—Cass no es mi novio.

—Vaya, pobre tonto —dijo Sinden.

Evelyn protestó, asombrada.

—¿Por qué pobre tonto?

—No creo que lo volváis a ver.

—¡Claro que volveremos a verlo!

—Supongo que no habla ni una palabra de chino. Me conozco el percal. Lo pondrán al mando de un escuadrón de hombres con los que no puede hablar, provistos de armas que él no sabe usar, en un terreno que no comprende. Le darán un Austin o un Land Rover, no un coche blindado. Lo liquidarán en la primera emboscada, mientras conduzca entre las plantaciones que supuestamente está protegiendo.

—Pero ¿cómo sabes todo eso?

Sinden se dio un golpecito en un lado de la nariz.

—Sé lo que sé.

—¿Y por qué te regodeas? Suena como si te alegraras de que pudiera morirse.

Lo que sabía Sinden era duro e irrefutable como una roca, pensó Evelyn. No podías oponerte a él a menos que entendieras de armas, coches y política, todas esas cosas brutalmente reales. Tanto daba que ella supiera un montón de poesía francesa: *un trouble s'éleva dans mon âme éperdue, o je plongerai ma tête amoureuse d'ivresse.*